

POEMAS

José Watanabe

EL FÓSIL

La vida en ti fue en pez de 20 centímetros.
Tu remoto latido, hoy petrificado,
vive ahora en mi cuerpo
 tan inverosímil como el tuyo.

Tú ya no puedes mirarte ni mirarme, no sabes
lo extraño que es ser pez u hombre.
Somos, te digo, inverosímiles, caprichos
de una madre delirante
que cuaja infinitas e insensatas formas en el mar
 y la tierra.

El ruido alegre de los niños en el museo
que se empujan a mirar otros fósiles
interrumpe mi habitual pesimismo,
 y me entenece:
después de todo, pescadito,
 tal vez alguna razón existe.

LA CONJETURA

Adosada a la pared de adobe
esta piedra
luce como un absurdo menhir en este patio.
En el siglo XVIII
ella protegía la más bella esquina de la casona
de las ruedas de los carruajes
que entraban ruidosos al gran zaguán
y volteaban a dormir en el patio de los siervos.

La piedra es una presencia hierática
que mira siempre a través del ventanal barroco
la sala espaciosa
mientras la coronan
las flores de la buganvilla
que ahora, en tiempos de miedo, se enreda
en un cerco de púas de hierro.

La piedra
ha visto imperturbable el paso de las generaciones,
ha fisgado
grandes holganzas, convites, intrigas, despertares
de la concupiscencia
de las niñas sobre los muebles largos.

Esta tarde hay calma, y se la respira aquí
como un abuso de la Historia. Pero pronto surge
una conjetura contraria:
alguna hora, en algún momento,
resonará dentro de la casona

un súbito ruido
de cristales de ventanal haciéndose añicos.

Acudiremos entonces asustados
y veremos el milagro:
irrupida en medio de la sala,
oronda, soberbia casi respirando,
la piedra.

FÁBULA

En el cauce del río seco
una espigada yegua orina sobre un sapo agradecido.
Yo, que voy de paso, sonrío y recuerdo
una antigua ley de compensaciones
de la magia: más feo el sapo
más bello y deslumbrante el príncipe.

Ay, pero la abundante orina de la yegua no es amor
y, aunque amorosamente regada,
no rompe los hechizos más perversos:
es sólo un poco de agua ácida en esta sequedad solar.

La yegua se aleja trotando aliviada, moviendo
las ancas
como una muchacha. Yo voy por los espinos resecos
recordando al sapo:
el pobre no tenía encantamiento
y se quedó solo
y soportando su fealdad inmutable
y ahora meada.

LA QUIETUD

Para Micaela

He llegado a la tortuga.
Estoy frente a ella como ante una orilla
o un lugar límite donde uno se sienta a pensar.

Sobre la tortuga,
la inacabable e inútil agilidad de los monos
que derrochan sus cuerpos
entre las ramas de un árbol, como ellos, enjaulado.

Las tortugas viven impasibles
y aparentemente
sin soñar vuelos ni arranques elásticos
del cuerpo
o del espíritu.

Y entonces prejuiciamos
que a las pobres no les está permitida la pasión
y sus euforias.

Sin embargo, llegado su tiempo de celo,
que no tiene cantos ni danzas,
las siete carnes míticas que guarda su caparazón
se encienden en silencio.

Y cuando macho y hembra
se encuentran, uno ya precipitado en el otro,
una ansia extrema
los inmoviliza,

y gozan sin meneo.

